



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE179463

SUPLEMENTO
Vida Nueva



Mahoma y Khadija con el ángel Gabriel (miniatura del Siyer-i Nebi en torno a 1595, museo Topkapi en Estambul)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GILIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.ossessoratoromano.va

EDITORIAL

Mujeres e islam

La imagen reproducida en la portada de este número no es un ícono, sino que ilustra un concepto de lo sagrado muy enraizado en el islam. La singularidad de esta Anunciación es la presencia de tres personajes: Gabriel, en el centro, se dirige a Mahoma, que a su vez señala a su mujer, Khadija. La mujer que aparece aquí en primer plano tiene un rol central en la narración tradicional de la vida del profeta: sería ella la que le enseñaría a fiarse del ángel, cuyas primeras apariciones le habían hecho temer estar loco o poseído. A diferencia del ángel que manifiesta el poder de Dios y trasmite la ley, el profeta y su esposa están velados: la “santidad” que tienen en común no se presenta directamente a la mirada. En la piedad musulmana, la santidad, escondida en la figura del profeta de su rol de legislador y guía en la comunidad, no es suplantada por los califas, sino por los “amigos de Dios”, que se muestran solo a quien lo sabe reconocer. Entre los “amigos de Dios” las mujeres ocupan un lugar relevante. En este primer número dedicado a las mujeres musulmanas, nos ha parecido importante empezar precisamente por tres figuras de santas para buscar algunas claves de lectura de la presencia femenina en el islam. La primera es Zainab, patrona de El Cairo y nieta de Mahoma y Khadija a través de Fátima. Igualmente venerada por suníes y chiíes, Zainab es una figura de la parresía. La segunda, Dervishe Hatixhe, es la patrona de Tirana. Maestra de una orden sufí y víctima de la violencia del marido, es venerada por las mujeres de la Albania contemporánea. La tercera, Qurratu l’Ayn, es la poetisa y heroína del movimiento Babi, nacido por el fermento mesiánico del Irán del siglo XIX y transformado en nueva religión tras una violenta represión. A pesar de su novedad disruptiva, Qurratu l’Ayn prolonga una tradición de autoridad femenina de la que Fátima ha sido el arquetipo en el mundo chií.

La experiencia vivida y la búsqueda en el campo son imprescindibles para descifrar un universo de sentido familiar y ajeno como el islam. La búsqueda pionera de Germaine Tillion, presentada en el artículo de apertura, constituye todavía hoy una lección de método. (Samuela Pagani)

¿Es realmente todo culpa de la religión?

La resistencia al cambio del ser humano estaría detrás de la opresión

DE LUCETTA SCARAFFIA

Una de las convicciones más enraizadas de nuestro tiempo es que las religiones están en el origen de la opresión de las mujeres, y que en particular la religión islámica las humille y sancione su libertad. Hasta hace algunos años, cuando la presencia islámica en Europa no era tan difundida y no parecía plantear problemas concretos, la bestia negra del feminismo era la Iglesia católica, por su cerrazón frente al aborto y los anticonceptivos, y por el rechazo del sacerdocio femenino, pero hoy su lugar ha sido tomado sin duda por la tradición islámica. Velos impuestos, burkini, mujeres e hijas segregadas en las periferias de las ciudades europeas, han puesto bajo los ojos de todos, un ejemplo bien fuerte de falta de respeto hacia esa libertad individual femenina que ha sido sin embargo conquistada en nuestras sociedades. La reacción es violenta e inmediata, y se hacen portavoz también algunas mujeres islámicas perseguidas que señalan en la secularización la única forma viable para alcanzar la libertad femenina.

¿Pero es realmente así? Como sucede dentro de la tradición cristiana, en la que muchas estudiosas redescubren las raíces femeninas de los Evangelios, así algunas estudiosas de la tradición musulmana están haciendo emerger una realidad más variada y compleja. Pero la primera que empezó a mirar con ojo crítico este estereotipo fue una antropóloga e historiadora francesa, Germaine Tillion, con un libro sobre la familia en el área magebrí,

cuya mirada se abre a toda la zona mediterránea, *L'harem et les cousins*, publicado en 1966 después de casi veinte años de investigación en el campo.

Su objeto de estudio es la degradación progresiva de la condición femenina en la zona mediterránea, pero sin buscar fáciles chivos expiatorios en las religiones. Tillion une esta situación a la existencia de una estructura social relativamente homogénea sobre las costas tanto meridional como septentrional del Mediterráneo, distinguiendo por tanto la fe religiosa de las prácticas sociales, en las cuales descubre el origen prehistórico de una endogamia mediterránea, superviviente de las grandes revoluciones religiosas como el cristianismo y el islam. «La sociedad “histórica” [la nuestra] (...) venera la propia parentela del lado paterno, abandona esa socialización intensa (conocida como exogamia) que ha salvado la sociedad “selvática”, y sobre todo esta es fanática del crecimiento en todos los campos: económico, demográfico, territorial». Un modelo social y expansionista y conquistador que es el que nosotros mismos todavía vivimos.

La larga duración en la cual la autora plantea su discurso implica también Europa, y sirve para subrayar cómo las grandes religiones — cristianismo e islam — hayan fracasado en su intento de valorar a las mujeres. Tillion de hecho revela cómo la norma coránica que impone dar una parte de la herencia a las hijas (si bien la mitad corresponde a los hombres) y la libertad de administrarla a las mujeres casadas no haya sido nunca realizada por las tribus nómadas endogámicas, porque habría significado la disgregación de la tribu. Han caído por tanto en la nada «prescripciones que representaban, en el momento en el que el Corán fue revelado, la legislación más “feminista” del mundo civil». Poblaciones caracterizadas por una ferviente religiosidad musulmana no han tenido reparos en ignorar una norma coránica que habría dado a las mujeres mayor autonomía individual. Pero lo mismo, recuerda Tillion, ha sucedido en las sociedades cristianas: el delito de honor que ha afligido algunas zonas de la península italiana hasta tiempos lamentablemente recientes no puede realmente considerarse coherente con la enseñanza cristiana. La experta concluye por tanto que las tradiciones sociales han sido más resistentes que las fuerzas religiosas nuevas que se han superpuesto, dominando solo en apariencia las culturas mediterráneas durante siglos.

De su investigación puntual emerge que el control sobre las mujeres se hace más rígido en las fases de transición de un sistema cultural a otro: «La degradación de





la mujer no acompaña por tanto la endogamia, sino una evolución incumplida de la sociedad endogámica» que se produce en el contacto entre la sociedad urbana y la tribal como reacción protectora en lo relacionado con el espacio abierto de la vida ciudadana. A la degradación de las condiciones de vida, las poblaciones reaccionan controlando a las propias mujeres, o sea, lo propio. Se trata por tanto de sostener un cambio no logrado, causa de malestar social. «En resumen el islam, casi por sí solo, ha «reabsorbido» un fenómeno social cuya relación con él tiene que ver esencialmente con la geografía y no la teología» escribe Tillion.

La novedad del análisis de Germaine Tillion está también en su reconocer como problemático el concepto mediterráneo de masculinidad, que prevé una valoración desmedida de la virilidad, causando angustias en el individuo.

Hombres y mujeres, ambos, víctimas de la misma estructura social antigua y omnipresente, no serían por tanto oprimidas por la tradición religiosa, sino por la propia resistencia al cambio.

Ivan Grohar «El sembrador» (1907)



MEDITACIÓN DE LAS HERMANAS DE BOSE

Un don para las multitudes

MATEO 13, 1-9

El feliz anuncio que nos ofrece esta página del Evangelio nos narra la relación de Jesús con las muchedumbres, con las multitudes — y Mateo, a diferencia de Marcos (4,1) habla a la pluralidad, para indicar a través de ellas la totalidad de los hombres — que van a él, y a cuya esperanza Jesús responde enseñando, hablando, entregándoles esa Palabra que es uno de los dones más grandes que el Señor ha hecho a su pueblo de Israel (cfr. Deuteronomio 4,32-33) y a la Iglesia (cfr. Juan 17,7.14), para que estos sean testigos entre las gentes (cfr. Lucas 24,45-48; Mateo 28,19-20).

Sí, Mateo nos anuncia el gran amor del Señor por todos los hombres, hombres que se configuran como muchedumbres que siguen a Jesús en su peregrinación hacia las cuales Jesús siente profunda compasión, entrañas de compasión, a los que mira como oveja sin pastor, y por eso cansadas, agotadas (cfr. Mateo 9, 36). También en el Antiguo Testamento se nos

anuncia esta compasión y esta ternura del Señor por la humanidad, este amor visceral que lo atrapa en el ver hombres que caminan sin orientación, que no saben distinguir la derecha de la izquierda (cfr. Génesis 4, 11) y a los cuales, para ir a su encuentro, Dios había enviado un profeta.

A estas mismas multitudes, como gran signo del amor que siente por ellos, Jesús se donará a sí mismo, su mismo cuerpo en el gran misterio de la eucaristía, profecía del evento de su cruz y resurrección.

Precisamente porque ama, por tanto, Jesús, como signo de su compasión, enseña. Jesús «se sentó» (Mateo 13, 1), posición del maestro; y lo hace por iniciativa propia, sin ninguna petición, como respuesta a una espera que él lee, a una necesidad no expresada verbalmente, sino existencialmente sentida por aquellos que lo siguen. Y Jesús, como signo de su amor, habla, ya que así había hecho siempre Dios, de quien él mismo es la Palabra definitiva (cfr. Hebreos 1, 1-2). Jesús actúa como el Pa-

dre, cumple las mismas obras ya que de él ha aprendido (cfr. Juan 5, 19), a él dirige siempre su mirada (cfr. Juan 1, 18), de su intimidad él vive (cfr. Juan 16, 31) y de él obtiene las mismas palabras que, como don que él mismo ha recibido, dona a su vez a los hombres (cfr. Juan 12, 49-50).

Como el Padre, Jesús en el hablar se entrega, hace don de sí mismo, y por tanto la escucha de su palabra es sobre todo acogida de su persona y de su voluntad de comunión con cada hombre.

Y precisamente por su gran compasión para los hombres Jesús habla en parábolas. ¡Cuánta condescendencia por parte del Señor! La parábola es un signo de misericordia, de respeto por la fragilidad de la criatura humana, a la cual Jesús no quiere imponer un peso demasiado grande, un peso de una revelación que la aplasta y frente a la cual esta pueda no encontrarse en la libertad de responder sí o no. Jesús tiene conciencia y cuidado de la debilidad y fragilidad humana, y a estas adecua también la propia predicción, tanto con

la actitud - se siente, en silencio, en la orilla del mal, sin invitar a la multitud, sin imponerse, sino que toma la iniciativa y después espera, espera y finalmente auge - como con las palabras, mediante la delicadeza del hablar en palabras, para que cada uno pueda comprender según sus capacidades (cfr. Mateo 13, 9), según lo que el Padre le habrá donado (cfr. Mateo 16, 17), y según también lo que cada uno habrá aceptado hacer espacio a la palabra que Jesús anuncia (cfr. Mateo 19, 12).

También en el anuncio, así, Jesús no es protagonista, pero obedece a los hombres, al Padre, al poder mismo de la palabra que se le ha encomendado transmitir. Y así la primera parábola que Jesús proclama es la parábola de una semilla lanzada, de la semilla de la Palabra (cfr. Mateo 13, 19) que es ofrecida, donada y entregada para que dé fruto de vida en aquellos que la acogen con alegría y gratitud. Pero nosotros - y quizás esto es lo no-dicho de este texto - ¿somos conscientes del inmenso don recibido?

El culto de la nieta de Mahoma

DE ARIANNA TONDI

Esta mujer de frontera se presenta como una dulce madre protectora de los oprimidos

«En la asamblea de los santos apelan los afligidos, para invocar la ayuda de su Inmaculada Presidenta. Ninguna de las invocaciones dirigidas a ella se pierde por el camino, cualquiera que sea el origen, el lugar o el tiempo. La Presidenta de la asamblea, Sayida Zeinab escucha atentamente los lamentos de todas las criaturas, incluso el lamento de los árboles golpeados por el viento».

Gamal al-Ghitany (1945-2015)

En el islam hay mujeres que gozan de un rango particular, como María madre de Jesús y Fátima hija del Profeta. Junto a estas figuras ejemplares amadas por todos los musulmanes, hay otras unidas a un país específico o a una ciudad o a un pueblo que han dedicado la vida a Dios y a su profeta, pero también mujeres que son parientes de este último.

En el corazón de El Cairo, en uno de los barrios más antiguos y populares de la ciudad, hay un gran mausoleo, meta de peregrinos de todo Egipto. Se cree que reposa ahí el cuerpo de Sayida Zeinab. Sayida, “la señora”, es el título honorífico de la descendiente del profeta Mahoma más venerada por los musulmanes egipcios y en particular por los sufies. A Zaynab está dedicado otro santuario en un suburbio de Damasco. Después de unos modestos comienzos que se remontan al siglo XI, una reconstrucción financiada por fondos iraníes transformó el santuario sirio en un sumptuoso mausoleo en los años noventa del siglo pasado. Las dos sepulturas reflejan dos cultos asociados a Zeinab, dos visiones del evento que ha determinado la primera gran ruptura de la comunidad

musulmana en el siglo VII y dos maneras de venerar los ahl al-bayt, la “gente de la casa”, expresión con la que se indica a la familia del profeta.

Zeinab pertenece a la segunda generación de los descendientes del profeta. Su madre Fátima es la hija predilecta de Mahoma, nacida de su matrimonio con Khadija, la primera y única esposa que Mahoma tuvo antes de la hégira. Los hijos varones murieron todos jóvenes, y su descendencia se transmitió solo a través de Fátima. Ali, el marido de Fátima, era el primo de Mahoma. Fue el cuarto de sus sucesores y el único cuya legitimidad es reconocida por los chiíes. En la memoria chií, la figura de Zeinab está inseparablemente unida a la tragedia de la muerte de su hermano Husayn. Este último, que había guiado una revuelta contra el califa omeya Yazid, fue bárbaramente asesinado en el 680 por las tropas omeyas, después de una valiente resistencia, cerca de Karbala’ en Irak. Para los chiíes, el martirio de Husayn no marcó solo la derrota de sus ambiciones políticas, sino que fue el evento en torno al cual se cristalizó su religiosidad, impregnada por un fuerte culto de la pasión. De esta tragedia Zei-

nab es la protagonista femenina. En las narraciones histórico-hagiográfica más antiguas, Zeinab es la testigo del evento, la superviviente que ha narrado las injusticias perpetradas por los omeyas dañando a su familia. En la piedad musulmana encarna la figura de la hermana y de la madre por excelencia, consoladora de los afligidos, incansablemente cercana al hermano agonizante y a los heridos de la batalla. Se le han atribuido dos sermones elocuentes pronunciados en defensa del hermano y de los familiares exterminados en Karbala’ y contra la tiranía y la injusticia de los omeyas, sermones que la han hecho pasar a la historia como mujer valiente que ha osado desafiar públicamente la ilegitimidad del califato en el poder. Para los chiíes, el dolor y el llanto por el martirio de Husayn y por el trágico destino de los nietos del Profeta es fuente de redención y salvación.

Amar a la familia del profeta es un deber para los musulmanes y el culto de Zeinab refleja los modos en que suníes y chiíes veneran la sagrada familia. Esto hace de la mujer una figura que une y divide al mismo tiempo. Para los egipcios devotos, este amor debe ser manifestado



a través de expresiones alegres, que se materializan en cantos y poemas sacros, celebraciones que se realizan cada año en honor a la santa en El Cairo. Las hermandades sufíes, caracterizadas por un fuerte amor por la familia del profeta, desempeñan un rol de primer plano en la organización de estas ceremonias.

El Cairo es la ciudad del mundo musulmán que tiene mayor número de tumbas –reales o presuntas–, de miembros de la sagrada familia. Entre estos está Zeinab, enterrada en Egipto junto al hermano Husayn porque, según la leyenda, aquí llegó después de haber sido llevada como prisionera de guerra en la corte de Damasco y humillada públicamente por el califa Yazid después de la batalla de Karbala'. Según las fuentes egipcias, alejada de Damasco, Zeinab habría elegido pasar los últimos años de su vida en Egipto porque el país dio hospitalidad a profetas como Moisés y José. Tal leyenda fue elaborada para justificar la presencia de su sepultura en el país; las primeras noticias del mausoleo se remontan al siglo XVI y se basan en sueños y visiones de sufí al que Zeinab se le apareció revelando el lugar de su sepultura. La identificación de la tumba permitió a la mujer llegar simbólicamente a Husayn también él sepultado en El Cairo, tanto que los dos hermanos son considerados los patrones de El Cairo contemporáneo. Según la contraria versión chiíta, Zeinab falleció en Damasco, ciudad en la que vivió después del trágico evento que marcó su existencia. Los intentos de demostrar la presencia del cuerpo de la santa en El Cairo o en Damasco se han repetido desde la época medieval hasta la contemporánea y demuestran la alta reputación reservada a la mujer, santa interconfesional.

“Santa” no en el sentido cristiano; Zaynab es objeto de veneración porque forma parte de la noble familia del Profeta, no porque haya sido definida como tal por los milagros atribuidos a ella. Se trata de una santidad hereditaria, una perfección debida a su nobleza de sangre y a la herencia de la luz espiritual del profeta que se ha transmitido a sus descendientes. Zaynab participa de la santidad de Fátima, que ha vivido según la castidad y será preservada del infierno, y a la cual se atribuyen poderes particulares de intercesión. Los hijos de Fátima gozan de un estatus particular, como hijos del profeta y por tanto inmaculados a los ojos de los devotos. La veneración de Zeinab está unida al amor por las mujeres de la sagrada familia del islam, objeto de gran admiración y modelos femeninos para imitar.

El personaje de Zeinab se refleja de dos maneras en los epítetos con los que es llamada por devotos suníes y chiíes. Los epítetos egipcios tienen origen en la biografía narrada por los historiadores musulmanes de la Edad Media: madre misericordiosa y protectora de los débiles; el lado de la santa más exaltado en Egipto es el materno. Zeinab es la protectora de las mujeres, que se dirigen a ella para pedir intercesión cuando tienen un problema conyugal o de fertilidad, mujer en la que confiar. Zeinab es la esposa, la virgen pura sobre cuya tumba hay un velo nupcial que se cambia cada año con ocasión de las fiestas en su honor. El epíteto egipcio por excelencia es Umm Hashim, “madre de Hashim”, antepasado del Profeta conocido por la generosidad y del cual Zeinab habría heredado ese don. Además, madre de los indigentes, madre de los huérfanos, madre de los débiles; según algunos estudiosos estos epítetos recuer-

dan a aquellos con los que los cristianos se dirigen a María, destacando parecidos entre los cultos de las dos mujeres santas. En los ambientes sufíes Zeinab es llamada «Presidenta de la asamblea de los santos»: es la señora de alto rango que preside una corte celeste que se reúne periódicamente para administrar los asuntos de los vivos y resolver las injusticias terrenas.

Zeinab es muy venerada por las comunidades chiíes de Líbano, Siria e Irán. Según la tradición, ha sido la primera en tener la sesión de lamentaciones por el hermano difunto, ceremonia fundamental en el chiísmo hoy. La veneración chiíta contemporánea de Zeinab vio un nuevo ímpetu durante la revolución iraní de 1979, cuando las figuras del drama de Karbala' fueron movilizadas para animar la oposición a la monarquía de impronta occidental y la instauración del régimen teocrático. El personaje de Zeinab fue politizado, tomado como símbolo de la mujer musulmana que se opone al poder injusto, exaltando la elocuencia de la «leona de Karbala», su capacidad de arengar, de criticar a los opresores y de autocontrol frente a las desgracias. Es la que cuida de los enfermos, tanto que en el día de su aniversario se celebra la Jornada nacional de la enfermera en Irán. El aspecto político de Zeinab fue ya valorado desde los años sesenta en el teatro egipcio más comprometido a nivel social, sin ningún tipo de matiz confesional.

Madre dulce que socorre a sus hijos, protectora de los oprimidos: Sayida Zeinab es una santa de frontera que tiene peculiaridades confesionales, pero al tiempo demuestra cómo la devoción hacia la familia del profeta es el terreno más fértil sobre el que las diferencias doctrinales entre sunismo y chiísmo se esfuman.





El poder de una mujer maltratada

En su herida refleja la relación dialógica con lo divino

Dentro del mausoleo dedicado a Dervishe Hatixhe, en el corazón de Tirana, donde están enterrados los cuerpos de la santa y de sus descendientes

DE GIANFRANCO BRIA

Amenudo se ignora que la mayoría de la población albanesa es de pertenencia islámica (casi el 70%) que convive pacíficamente junto a los católicos (20%) y a los ortodoxos (10%). En el islam, difundido en la época otomana, las visitas a las tumbas (türbe) de los santos (en árabe wali) que poseen poderes sobrenaturales (baraka) en virtud de su proximidad a Dios, representan una de las principales expresiones de piedad popular. En Albania, la figura religiosa del wali se asimila con la categoría de los njeriu i mirë, literalmente “persona buena” en albanés. En la Albania post-otomana, estas visitas sufrieron una desaparición gradual con el ascenso del régimen comunista en la segunda postguerra, cuando todos los cultos religiosos fueron prohibidos, del 1967 al 1990. Aun así, las mujeres, responsables de la esfera familiar y doméstica, visitaban clandestinamente las tumbas sagradas para obtener fortuna (fat) y expulsar la mala suerte (fatkeqësi), mientras que los hombres estaban ocupados en el trabajo o el confinamiento.

Durante el periodo comunista, la sociedad albanesa sufrió profundas transformaciones. El final del aislamiento autárquico, el advento del pluralismo político y religioso dieron inicio al efervescente curso post-socialista.

La urbanización y la difusión de los modernos medios de comunicación ampliaron los horizontes de percepción y logísticos de las poblaciones. Desde el 2000 la situación política ha alcanzado una cierta estabilidad, mientras que la económica ha mejorado gracias a flujos de inversión y de ahorro procedentes del extranjero. Desde el punto de vista demográfico, la mayoría de la población son jóvenes, muchos de ellos están socializados e interconectados con el resto del mundo.

La sociedad ha cambiado, pero las mujeres continúan visitando las tumbas (türbe) también en los centros urbanos, donde buena parte de la población rural se ha mudado buscando trabajo y suerte.

En Tirana, las türbe de Dervishe Hatixhe, de la Halvetiyya y del barrio general Bektashi están entre los lugares sagrados más visitados del país. Las autoridades religiosas estuvieron atentas en el gestionar esta petición de santidad: además de reabrir las tumbas, usaron el carisma de los santos para consolidar simbólicamente la propia autoridad religiosa. Por ejemplo, a mediados del primer decenio del siglo XXI, la comunidad Qadiri de Tirana animó el culto y la historia de Dervishe Hatixhe, considerándola la “santa” protectora de la ciudad.

Dervishe Hatixhe (1726-1798), originaria de Tirana, estaba unida a la orden sufí de la Qadiriyya que se difundió en Tirana en el siglo XVIII. Hatixhe creó una tekke, una especie de escuela, perteneciente a la rama de la Qadiriyya de la que formaba parte, que se remontaba a la familia Horasanî-zâde la cual contribuyó a difundir la orden en el centro de Albania. La santa ejercitó a todos los efectos las funciones de Sheikh en la tekke fundada por ella, de la que deriva el apelativo de Dervishe. Hatixhe sufrió a causa de la tiranía del marido y se la recuerda por la asistencia ofrecida a la población de Tirana durante la epidemia de malaria. Diferentes historias atribuyen poderes mágicos a Hatixhe, considerada capaz de sanar a los enfermos y de realizar gestos de extraordinaria benevolencia respecto a los necesitados. Su tumba, situada en «rruga e Barikadave» en el corazón de Tirana, es meta de numerosas mujeres que la consideran santa protectora de la ciudad y de las familias.

La tumba de Hatixhe, como muchas otras en el resto de Albania, es visitada principalmente por mujeres en grupo, solas o acompañadas de los hijos jóvenes. Raramente los hombres van a las tumbas; como mucho, algunos acompañan a sus mujeres, pero se quedan fuera, sin realizar ningún tipo de oración.

Las visitas en la türbe prevén prácticas muy precisas, que sin embargo algunos no conocen y, por tanto, omiten: se entra descalzo en la sala de la türbe donde están

colocadas las tumbas, prestando atención para apoyar en primer lugar el pie derecho. Se inicia con el beso a la primera türbe tres veces, alternando labios y frente con un movimiento oscilatorio. Se continúa besando las cabezas de todas las otras türbe, para después dedicarse a los pies de las mismas. Durante este movimiento circular el rostro no se dirige nunca a las türbe. Al final de esta vuelta el fiel puede arrodillarse para una oración, para leer en voz baja una página del Corán o encender una vela en los espacios preparados para ello. En algunas ocasiones hemos podido observar que los fieles daban la vuelta entorno a las türbe durante tres veces, o pasaban hojas simbólicamente al Corán, sin leer ningún paso. Finalmente, no es raro encontrar fotos de personas, normalmente jóvenes, cerca de las tumbas. Los niños que acompañan a las madres normalmente siguen el ritual allí donde es posible, si no, esperan aparte.

Los motivos que empujan a las mujeres a dirigirse hacia las tumbas son varios: bendiciones, apoyo espiritual o ayuda material. El santo, con su baraka (poder sobrenatural), puede ayudar a las familias con problemas de salud o económicos. Visitar una tumba puede ser, además, de buen auspicio, es decir tener una influencia positiva en el destino de un evento importante, o en general. El apoyo pedido al santo no es alternativo o sucedáneo a soluciones de tipo secular, como por ejemplo los cuidados médicos. El mundo secular y el universo cosmológico al que se refiere la tumba del santo están perfectamente integrados y unidos.

Los albaneses emigrados se dirigen a la tumba por una cuestión de familiaridad y pertenencia: son sobre todo musulmanes de origen que encuentran en el santo una figura protectora que vela por ellos también en los momentos en los que no se encuentran en la patria. A través de las visitas, los emigrantes restablecen una unión con su madre patria, también si, raramente, asumen rasgos nacionalistas. Algunos fieles se detienen en el jardín adyacente a las tumbas para beneficiarse de la influencia benéfica de la baraka de los santos. Se trata sobre todo de personas enfermas, ancianas o de familias con niños. En particular, las madres llevan a los recién nacidos que tienen problema para dormir, pensando que la influencia de los santos pueda expulsar los malos espíritus o las energías negativas.

El cuerpo del santo, a pesar de que está muerto, representa un dispositivo de sentido muy poderoso. La influencia de la baraka que deriva directamente de su cercanía a Alá, invade toda la türbe. Él es, por tanto, el trámite que santifica y bendice el ambiente que le rodea. A través de las oraciones y el contacto con la tumba, el fiel hace referencia, por tanto, a una orden cósmica ontológicamente superior y a la eterna realidad divina.

Esta referencia a lo divino implica que la bendición del alma y la misma referencia a una orden ontológica superior son incorporados en la expresión del infinito

amor y de la misericordia del santo y en su capacidad de distribuir bendiciones, dones divinos, de expulsar demonios, donar paz y milagros, actuar sobre la naturaleza y el mundo humano. De esta manera, la unión que se instaura entre los fieles, el cuerpo del santo y el lugar de culto crea un universo de sentido, ontológicamente superior y alternativo respecto al mundo de lo sensible, que contribuye a formar la conciencia de las personas.

Son las mujeres las que son protagonistas de esta relación dialógica con lo divino. Los hombres expresan su religiosidad a través de prácticas diferentes dentro de distintos contextos comunitarios e institucionales: la mezquita o la tekke. La presencia de las mujeres en estos lugares no está prohibida, aunque es escasa y limitada a un espacio físico y definido simbólicamente. Este dato subraya la condición patriarcal que caracteriza las relaciones de género en la sociedad albanesa: las actividades religiosas parecen estar subdivididas en función de los roles de género. En algunos rituales, la participación de las mujeres parece ser marginal o ausente: pocas mujeres participan en los dhikr (actos de devoción) o a la oración (salat) del viernes.

Al contrario, el culto de los santos implica mayoritariamente a las mujeres. Esta subdivisión de los roles solo trasciende parcialmente la separación entre esfera pública y privada, ya que la veneración de los santos es un asunto público, pero que puede ser considerado una prolongación del harén de la casa privada. El culto de los santos representaría, por tanto, el principal medio de expresión de la religiosidad femenina. Incluso gozando de libertad de movimiento, las prácticas y los rituales durante las visitas limitan los comportamientos femeninos a un espacio simbólico y físico definido. Los confines del harén, aun invisibles, son incorporados por las mujeres bajo forma de normas invisibles, qâ'ida, que, obviamente, les adjudican un rol social y espacios simbólicos subordinados a los masculinos. En este sentido, las mujeres contribuyen a la construcción y a la definición del espacio y del sentido religioso y a la definición del orden moral y social compartido. Aun así, las acciones rituales delinean un espacio propiamente femenino, opresivo y misógino, pero al mismo tiempo autónomo, donde las mujeres pueden construir un mundo propio, diferente respecto al masculino. La socialización y el intercambio emotivo y narrativo durante las visitas religiosas acoge plenamente este sentido de sub-alteridad autónoma de las mujeres; dentro de los muros del mausoleo sacro, el mundo femenino se reproduce e reinventa a la sombra de la opresión masculina.



El Corán del que los fieles, simbólicamente, pasan las páginas durante la oración en cuanto fuente de sacralidad y bendiciones (2015, fotografía cedida por el autor)





La iraní que ha osado leer los textos sagrados

Una novela reconstruye la vida de esta teóloga que luchó por la emancipación

DE ELENA BUIA RUTT

Dedicado a la memoria de Táhirih Qurratu l'Ayn, poetisa y teóloga iraní, y centrado en sus últimos años de cautividad en Teherán entre 1842 y 1852, la novela *La mujer que leía demasiado* recompone, entre realidad y fantasía, el retrato de aquella que, en primer lugar, desafió el feroz cierre del poder islámico político y religioso en Persia. Iraní es también la autora, Bahiyyih Nakhjavani, escritora del bestseller de éxito internacional, casi exclusivamente ambientado en su tierra de origen.

Bajo la dominación de Shah Nasiru'd-Din, en una época en la que las mujeres de Irán no tienen derecho a aprender a leer y escribir, Táhirih, nacida en una familia de eruditos mullah, osa estudiar los textos sagrados, discutiendo en público con competencia, sobresaliendo con valentía incluso por encima de los hombres. El padre la educó «como a un chico», enseñándole a leer y a escribir, permitiendo así acceder al Corán y expresar en poesías y en oraciones, su talento artístico. Nakhjavani, al construir la figura de la bellísima Táhirih, personalidad casi desconocida en el mundo occidental, recorre en esta novela las oscuras y complejas situaciones de una Persia sanguinaria, de poco fiar y peligrosa, en manos de un patriarcado obtuso y violento, donde un Sha caprichoso, grandes visires ambiciosos, mulás intransigentes, sofocan cualquier intento de emancipación femenina.

El libro se divide en cuatro capítulos, cada uno de los cuales está dedicado a una mujer: si *El libro de la madre* tiene como protagonista a la madre del Sha, el segundo (*El libro de la hermana*) describe el actuar de la hermana de éste; mientras que el tercero (*El libro de la mujer*) dibuja el retrato de la mujer del primer notable del reino, la última sección (*El libro de la hija*) está dedicada a la poetisa de Qazvin y reconstruye su formación. El título de los capítulos muestra cómo las mujeres, en vez de ser definidas en función del nombre, por tanto, a la propia identidad personal, aparecen reconocidas solo en términos de parentela, siempre relacionadas con un hombre. Si la madre del Sha es una regente cruel, manipuladora, que ha hundido su propio papel de mando oculto en la autoridad patriarcal y odia a la poetisa rebelde, la hermana es una simple pieza pasiva en un juego de poder de la que la vieja reina, el Sha, los ministros, el ejército, mueven oscuramente los hilos. La mujer del primer notable del reino, sin embargo, es una mujer «presumiblemente» libre, que mira con estupor y reacia admiración la lucha de Táhirih.

por la emancipación de las mujeres del propio país, pero permanece muda, prefiriendo la invisibilidad a la que es condenada y se condena.

Táhirih Qurratu l'Ayn, cuyo nombre significa «Pura» y «Consolación de los ojos» se convierte mientras tanto en la líder de la fe Babi, aceptada la revelación de Ali Muhammad de Shiraz, el Báb, convirtiéndose en única mujer, devota seguidora. La Conferencia de Badasht, de julio de 1848, ve la ruptura de este nuevo credo con el islam, ruptura fuertemente querida por Táhirih que interpreta el babismo como una religión autónoma, con la intención de tomar distancias con el islam del que reconoce el Corán, pero no la sharâa: Táhirih, de hecho, rechaza sobre todo el rol de sujeción e invisibilidad al que son relegadas las mujeres musulmanas. Ella es «la mujer que ha leído demasiado», cuyo acceso al saber ha hecho madurar una imprescindible conciencia de sí: es el estandarte de la libertad obtenida a través de un conocimiento hecho de lecturas, ponderaciones, creatividad, una libertad que la autoridad masculina no tiene intención de conceder a las mujeres. La escritura, como la lectura, es un acto mediático que implica reflexión y profundización: está estrechamente unida a la vida interior, a los lemas del espíritu, a las pasiones del corazón, por tanto, a la conciencia de sí. Las mujeres persiana, hasta casi el siglo XX, no tenían autorización a «dejar señal de sí», ningún pensamiento, ni siquiera el nombre, la propia firma. Sin embargo, en tal «desierto», la poetisa de Qazvin combate la autoridad patriarcal con inquebrantable confianza, sin abandonar, con la esperanza de un cambio futuro; desafía el statu quo de forma espectacular, quitándose el velo en público en una asamblea de hombres; enseña incansablemente a leer, a escribir y a pensar a otras mujeres, para que sean «auténticas», por tanto, libres.

Tras un intento fallido por parte de algunos jóvenes fanáticos babi de asesinar al Sha, la madre de éste investiga una feroz represalia, que provoca el asesinato de miles de personas inocentes. Táhirih, juzgada cómplice del atentado y herética, es encarcelada y ajusticiada en agosto de 1852 con tan solo 38 años: es estrangulada en el jardín de la casa del primer notable del reino al norte de Teherán después de haber estado prisionera durante tres años. Se dirige a la ejecución vestida de fiesta, pronunciando palabras que hablan fuerte y claro también al mundo de hoy: «Podéis matarme cuantos queráis, pero no podréis detener la emancipación de las mujeres».



Las monjas del voleibol italiano

Fue la Agil Volley, sociedad con sede en Novara, quien se adjudicó el último campeonato italiano de voleibol femenino. ¿Por qué lo recordamos? Porque se trata de una sociedad única en su especie. No tanto, y no solo, por su nombre, que es un acrónimo (en italiano: A por amistad, G por alegría -gioia-, I por compromiso -impegno-, y L por lealtad), sino porque se trata de una sociedad completamente gestionada por monjas. De hecho, la presidenta y administradora única es sor Giovanna Saporiti, mientras que sor Mónica Loro es la vicepresidenta, además de la responsable de los equipos junto a sor Barbara Bertori y sor Lorena Garau. Cuatro religiosas por tanto que guían y se ocupan de toda la actividad organizativa y deportiva, desde el minivoley al campeonato, que implica a más de doscientas chicas de la ciudad del Piamonte. Fundada en 1984 - la sede estaba entonces en Trecate - por sor Saporiti (como las otras de la orden, las ministras de la caridad de san Vicente de Paul), a lo largo de los años la sociedad ha crecido lentamente, llegando a los límites del voleibol nacional. Y así la elección de hace treinta y cuatro años se ha revelado ganadora: «Había que decidir si utilizar nuestro terreno sin cultivar para construir una casa para cuidar ancianos o una comunidad de recuperación de toxicodependientes, o un centro deportivo que funcionara como punto para convocar a jóvenes. Ganó el deporte y nació el equipo de voleibol» cuenta la religiosa.

Pequeñas futbolistas de Bangladesh

En un país en el que cuyos líderes desaniman a las chicas a participar en cualquier juego, hay un pequeño equipo femenino que, partido tras partido, está derrotando a todas las adversarias demostrando habilidad y tenacidad.

La historia de estas futbolistas menores de 15 años, capitaneadas por María Manda, una joven católica de la diócesis de Mymensigh, la relató Sumon Corraya en Asia News. Las jóvenes bangladesíes han ganado por primera vez el campeonato Saff sub 15 (Federación de fútbol de Asia del sur) derrotando a la India 1-0 el 24 de diciembre en el estadio de Daca. El equipo de casa había sido imbatible, sin que les hubieran marcado ningún gol en todo el torneo. Después de haber aplastado al Nepal por 6-0 en el primer partido, las chicas llegaron a la final venciendo al Bhutan y la India. María Manda, centrocampista incansable, proviene de un remoto pueblo llamado Kolosindur. Su deseo de convertirse en una estrella del fútbol nació para derrotar la pobreza, a causa de la cual su familia sufre por salir adelante. Su deseo es guiar en un futuro la selección nacional femenina, y pide que se rece por esto. El padre Bipin Nokrek, un sacerdote de Mymensingh, comenta que la comunidad está «orgullosa de María por su contribución excepcional al país».

Apolonia

DE BARBARA ALBERTI

la santa de la sonrisa



Giovan Battista
Salvi, llamado
el Sassoferato
«Santa Apolonia»
(siglo XVII)

La leyenda del ratoncito Pérez se inspira en la entrega de esta valiente cristiana

La primera vez que fui al dentista, con ocho años, mi abuela me dijo que no tuviera miedo, Santa Apolonia te protege. Me mostró la estampa de una niña con las tenazas, y me contó su historia. Hace doscientos años, en Alejandría de Egipto, en el barrio del Faro, se paró una caravana de

mercaderes. Cuando salió de nuevo, se había dejado atrás una niña dentro de una cesta. Olvidada y abandonada, fue recogida por dos hortelanos, marido y mujer sin hijos, que la tomaron con un don del cielo. Lo era. Sonreía y reía a menudo, también el padre le decía «atenta, la risa es la puerta al infierno. Una mujer respetable no debe

reír». También la madre la avisaba: «No debemos llamar la atención, porque somos cristianos, y nuestros vecinos todos paganos. Si alguno nos denuncia será el final».

El emperador Decio había declarado el cristianismo un crimen contra el estado. En la vida de todos los días, sin embargo, paganos y cristianos vivían en paz. La madre habló de Jesús a Apolonia, y ella lloró por él, que de ser Dios se había convertido en víctima. Tal don se podía devolver solo imitando su muerte. Y acogió su palabra con alegría, porque era lo que ella sentía en su relación con el mundo. Las madres la confiaban a los niños cuando todavía era niña, si alguien tenía hambre compartía su pan, asistía a los enfermos y les hacía estar alegres. Le venía así, el dolor del otro se convertía en el suyo, y tenía que aliviarlo. Los padres se enfadaban cuando repartía los frutos del huerto, pero ella sonreía y todo se iluminaba, y terminaban sonriendo también ellos.

Los padres murieron, y ella se dedicó del todo al servicio de los otros. Vivía de su huerto. Cantaba junto a los niños, y sus cantos suavizaban las almas. Mansa pero atrevida, no soportaba las injusticias y no retrocedía por defender a los débiles: como Jesús. Cuando su vecino, Ampelio, el jefe del barrio, pagano fanático, dominaba y acosaba, Apolonia era la única que conseguía mantener la cabeza alta. Ampelio la deseaba y la odiaba. Odiaba su boca: no soportaba su sonrisa, y sus palabras justas. Le hubiera gustado apagar el brillo de sus dientes. Para tenerla en su poder, le pidió matrimonio. Pero ella respondió que no podía casarse, porque tenía demasiado que hacer. Siempre había alguien que la necesitaba, y tenía que correr. Quien daba a luz, quien había perdido el cabrito, o un niño había tenido una pesadilla, a los moribundos no les hablaba del Cielo sino de él que se estaba muriendo, lo trataba como vivo hasta el último aliento, lo llamaba por su nombre. El moribundo se sentía amado, y moría en gracia de Dios.

Apolonia es la santa de las pequeñas cosas. No se movió nunca de su barrio. Ayudaba. No hizo nada clamoroso, excepto su final. Milagro solo uno, y pequeño ese también: la multiplicación del pan. Una mujer pobre con cinco hijos le pidió ayuda, y ella amasó un pan dorado. El pan se terminó, pero desde entonces aparecía de nuevo cada día en la mesa de esa familia. También sin milagros conseguía siempre dar de comer y consolar a los abandonados. En su dedicación no distinguía entre cristianos y paganos, egipcios o extranjeros, hombre o mujeres, malos o buenos. Pero sus preferidos eran los niños. Juntos cantaban siempre. Apolonia hablaba de Jesús, enseñaba la misericordia y la valentía, jugaban al "pilla-pilla". Su risa era una oración. Pasaban los años. Su vecino no le perdonaba el rechazo, y la acechaba para insultarla.

— ¡Mira cómo has adelgazado! Mueres de hambre, y llevas detrás una banda de mocosos, lisiados y mendigos. Y también te estás poniendo fea. Si te hubieras casado conmigo... Eres una rama seca, no tiene ni siquiera un hijo tuyo.

— Pero tengo todos los de los otros, respondió Apolonia, y sonrió — y todo brilló, y Ampelio se quedó en silencio.

— Esa sonrisa — pensaba — esa sonrisa debe cancelarse para siempre.

¿Cómo vengarse? No osaba matarla, era demasiado amada por la gente. El diablo vino a su encuentro. Empezó la persecución de los cristianos, con la acusación de haber sembrado la epidemia que se estaba difundiéndose. Gran momento para saqueos y venganzas. Muchos cristianos huyeron, pero Apolonia no quiso moverse. Como siempre, tenía demasiado que hacer, también para ponerse a salvo. Una comisión imperial llamaba a los ciudadanos uno a uno, y les pedía ofrecer sacrificios a los dioses. Quien rechazaba, era acusado de seguidor de Jesús, y ajusticiado. Ampelio corrió a denunciar a Apolonia: no solo practicaba la religión prohibida, sino que la enseñaba a los niños, había infectado a todo el barrio, era peligrosa...

Para arrestar a esa pequeña mujer vino una escuadra de soldados romanos, con lanzas. Les precedía Ampelio, que quiso encadenarla en persona. Durante todo el camino, él no dejó nunca de cantar victoria.

— Ahora ya no te ríes más, ¿eh? Adelante, ¿por qué no sueltas una gran carcajada?

La llevaron delante de la comisión. Le pidieron que renegara de Cristo. Ella se negó, y de la multitud se elevó un grito de admiración. Entonces, Ampelio se lanzó sobre ella y con una tenaza en la mano, le arrancó los dientes.

Callada, ensangrentada, Apolonia hizo una vez más el signo de no. La amenazaron con quemarla viva. Ampelio con la antorcha prendió fuego a la hoguera, buscando con deleite el miedo en su rostro.

— ¿Entonces? ¿Sigues persistiendo?

Ella miró la hoguera que ardía impetuosa. Hizo el signo de que le quitaran las cadenas.

— ¡Ah! Has cedido, ¿eh? — exclamó Ampelio, mientras el reflejo del fuego enrojecía su rostro maligno. Triunfal, le quitó las cadenas.

Apenas liberada, Apolonia de un salto se lanzó a la hoguera y se quemó, liberándose de sus perseguidores. Ampelio vio entre las llamas una última vez su sonrisa, el brillo de esos dientes que le había arrancado.

No se escucha nunca decir ¡Santa Apolonia ayúdame! Pero el culto dura a lo largo de los siglos. Los que sufren a causa de los dientes se dirigen a ella, que habiendo sufrido tanto les entiende. Un diente suyo fue una reliquia preciosa, y se multiplicó hasta tal punto que, cuando Pío VI ordenó requisar las falsas reliquias, fueron recogidos tres kilos de dientes de la santa. En algunas regiones de Italia y de España, santa Apolonia se transforma en un ratoncito, que a cambio del primer diente deja un regalo. Un santa del juego, una santa de los niños. Esa primera vez, el dentista no me hizo daño.

La autora

Barbara Alberti, escritora, vive en Roma. Su producción es ecléctica, dirigida a combatir una imagen perdedora del sexo femenino.

Las obras que ha publicado son diferentes entre sí, van de la picaresca *Memorie malvage* (1976) el meditativo *Vangelo secondo Maria* (1979), a pruebas más cargadas de humor y provocación como *Il signore è servito* (1983), *Povera bambina* (1988), *Parliamo d'amore* (1989), *Delirio* y *Gianna Nannini da Siena*, ambas de 1991. Además, en 2003 publicó *Gelosa di Majakovskij* (Premio Alghero Donna) y *Il principe volante*, obra en la que ha contado la vida del célebre Antoine de Saint-Exupéry. Es también autora de numerosos guiones cinematográficos, entre los cuales destaca *Il portiere di notte* de Liliana Cavani (1974), y de textos teatrales (*Ecce homo*). En 2017 escribió por capítulos, con gran pasión, en L'Osservatore Romano, *Fratello Francisco, sorella Clara*.



PABLO Y LAS MUJERES

Priscila: una mujer en primer plano



DE CHANTAL REYNIER

Entre las mujeres presentes en el círculo de Pablo, Priscila no es solo la más mencionada, sino que es también una figura en primer plano.

Se la cita con el nombre de Prisca (Romanos 16, 3; 1 Corintios 16, 19; 2 Timoteo 4, 19), nombre verosímil de origen frigio, y con el diminutivo de Priscila (Hechos de los apóstoles 18, 2.18.26). A diferencia de otras mujeres del círculo del apóstol mencionadas solas, como Febe o Afpia, Priscila está siempre unida a su marido, Aquila, originarios ambos de Ponto, provincia oriental del Imperio sobre la orilla meridional del mar Negro.

Se podría por tanto pensar que existe solo en relación al marido, que nunca se le mencionado solo, excepto en los Hechos de Pablo (IX, 2.10) y en una Lista de apóstoles y de discípulos, llamada greco-siriaca Anonimo II (I, 55-59). Sí es verdad que en ese texto del siglo IV Aquila figura solo, entre Gaio y Flego (citados también en Romanos 16, 14.23), pero no se menciona a ninguna mujer.

Hecho sorprendente, en el Nuevo Testamento, cuando se habla de esta pareja, Priscila es citada siempre antes (Hechos de los apóstoles 18, 18.26; Romanos 16, 3; 2 Timoteo 4, 19), antepuesta al marido, lo que era contra-

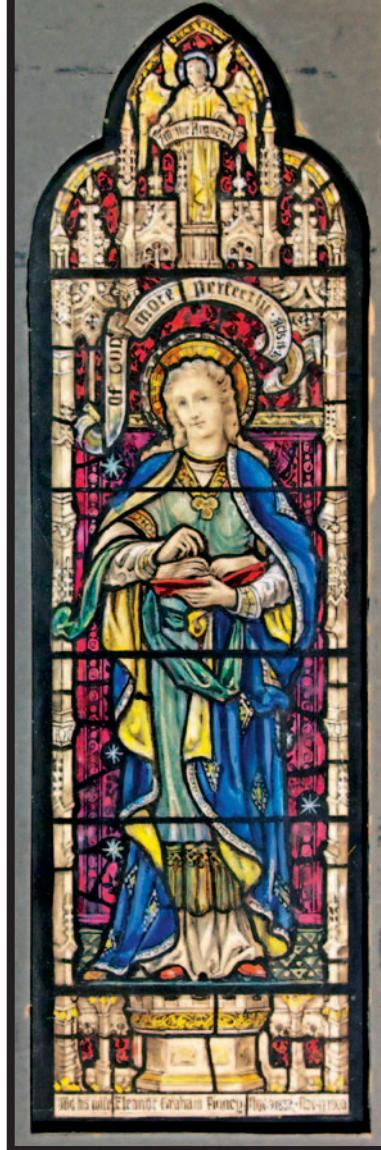
rio a las costumbres de la época. Este hecho ha sorprendido a los copistas que a veces han invertido el orden de los nombres (ver el Codex Bezae, ciertos manuscritos de la tradición siriaca, bizantino incluso de la Vulgata). Su sorpresa destaca el rol singular que Pablo reconoce a Priscila.

Es lícito preguntarse si tal rol lo deriva de la riqueza o del rango social. ¿Es posible que Priscila proceda de la gran familia de los Acilios, donde su nombre es común, tanto que la catacumba romana llamada de Priscila se encuentra en el sector perteneciente a esta familia? En tal caso, Priscila podría ser una liberta de la gens Acilia.

Cualquiera que sea su origen familiar, esta pareja unida no vive necesariamente en la abstinencia de proclamar la Palabra como han supuesto los Hechos de Pablo (IX, 10). Está comprometida activamente en el discipulado de Cristo dentro del movimiento paulino. La pareja llega a Corinto en el 49, después del edicto de Claudio que aleja a los judíos de Roma a causa de cierto Chrestos, al que los históricos hoy reconocen, casi por unanimidad, a Cristo. De origen judío pero asimilados a la cultura greco-romana, Priscila y su marido son seguramente cristianos ya (Hechos de los apóstoles 18, 2-3). Si se hubieran convertido por contacto con Pablo, los textos no habrían dejado de subrayarlo. En la ciudad de Corinto, que les acerca a su país de origen, consiguen integrarse gracias a su trabajo. Como artesanos, Priscila y Áquila gozan de una condición social más bien acomodada visto que pueden cambiarse de una ciudad a otra y establecerse (Roma, Corinto, Éfeso). Ejercitando el «mismo oficio» (Hechos de los apóstoles 18, 3) de Pablo; uno se pregunta si no eran también de la misma tribu: son, de hecho, «fabricantes de tiendas» (*skenopoiōi*), trabajo itinerante que incluye entre otras cosas el procesamiento del cuero. También hay quien ha pensado que hacían máscaras para el teatro. En realidad fabricaban tiendas para los juegos ístmicos, refugios para los marineros, utilizados en la tierra o en las naves, comercio muy activo en la ciudad.

La pareja acoge a Pablo cuando llega a Corinto en el otoño del 49. En el ámbito de la sinagoga, el apóstol conoce primero a Áquila, lo que explica por qué, la primera vez que se le cita, se le antepone a la mujer (Hechos de los apóstoles 18, 2), a menos que esto no se deba al hecho de que él es el propietario de la actividad. Pero en los eventos que siguen, Priscila tiene la preferencia.

Pablo decide trabajar con ellos. Pero no lo hace como socio. Ofrece su ayuda puntual en un periodo de in-



tenso trabajo debido a los juegos ístmicos que tienen lugar en el 49 y en el 51. Se trata de abastecer de tiendas a numerosos peregrinos y espectadores que llegan de todas partes durante estas competiciones deportivas y deben alojarse cerca de los santuarios, no estando los edificios destinados a acoger a tantos.

El taller de Priscila y Áquila se encuentra probablemente en la ciudad, en el barrio del mercado septentrional, con otros cuarenta talleres. Estos siguen el modelo de los talleres de Ostia: 4 por 4 metros, comprendía en el bajo mesas de trabajo, en la parte de atrás un espacio destinado a almacenar la materia prima y en la planta superior los apartamentos de los propietarios. Durante su estancia, que dura un año y medio (Hechos de los apóstoles 18, 11), Pablo vive durante un tiempo en su casa, después en la casa junto a la sinagoga, antes de mudarse donde Justo, un judío romanizado que se convirtió en su invitado, es decir el que es capaz de garantizarle una protección jurídica y una ayuda material.

Gracias a la pareja, Pablo puede mantenerse por algún tiempo, como hacía cada viajero, y también a los predicadores. Además, Priscila y Áquila, poniendo a su disposición su taller, contribuyen con él a

anunciar el Evangelio. Priscila, que después del primer encuentro se la cita primero siempre, desarrolla, junto a Pablo, la actividad apostólica. La casa de la pareja le permite acoger a cristianos (1 Corintios 16, 19), para compartir la Palabra y la eucaristía. ¿Su local es bastante grande o posee una de esas casas relativamente espaciosas halladas en las excavaciones arqueológicas de Corinto?

Cuando Pablo concluye su estancia en Corinto, sale para Cencreas para llegar por mar a Siria, o mejor, la provincia romana de Siria. Lleva consigo a Priscila y Áquila (Hechos de los apóstoles 18, 18). Apenas llega a Éfeso, Pablo «se separó de ellos» (Hechos de los apóstoles 18, 19). Priscila y su marido se establecieron en la ciudad, mientras él prosigue su viaje. El apóstol les confía la misión de ocuparse de los cristianos de Éfeso. Éfeso es una ciudad ideal por su puerto y por sus continuos intercambios comerciales entre las costas de Anatolia y las europeas, y también con el Mediterráneo meridional. Está ubicada además en el cruce de caminos frecuentados por los comerciantes de lana. Aquí encuentra a Apolo (Hechos de los apóstoles 18, 24-28), originario de Alejandría, hombre elocuente, convertido en cristiano; Priscila y su marido entienden que necesita profundizar la fe adquirida, aunque ya está bien instruido en ella. Le tomaron «consigo» (Hechos de los apóstoles 18, 26).

Vidriera tradicional diseñada en los años 30 por Áquila and Priscilla para la First Presbyterian Church en Rye, Nueva York.



Chantal Reynier

Actualmente colaboradora externa del departamento de estudios bíblicos de la universidad de Friburgo (Suiza), Chantal Reynier ha enseñado exégesis bíblica en la facultad de los jesuitas de París (Centre Sèvres), desde 1990 a 2014. Se ha ocupado de literatura paulina y del mar, desde la antigüedad a hoy.

Entre sus publicaciones, editadas por Cerf: *Pour lire saint Paul*, París, 2008; *Saint Paul sur les routes du monde romain. Infrastructures, logistique, Itinéraires*, París, 2009; *Vie et mort de Paul à Rome*, París, 2016.

Ellos, que no son personas cultas, se convierten en los maestros de ese hombre brillante, que dominaba las Escrituras. Le explican «más exactamente» el cristianismo. Son ellos los que introducen a Apolo en la profundidad de la fe cristiana. Se entiende por qué Pablo habla de ellos en términos de «colaboradores míos en Cristo Jesús» (Romanos 16, 3). A Priscila la citan primero de nuevo, lo que es sorprendente, visto que la enseñanza estaba reservada a los hombres. ¿Pablo no dice quizás que en las asambleas las mujeres deben callar e interrogar en casa, si es necesario, a los propios maridos para aprender algo (1 Corintios 14,35)? En el caso de Priscila, Pablo no hace distinción entre hombre y mujer; no solo la trata en un plano de paridad respecto al marido, sino que le concede también un lugar único, reconociendo la cualidad de su enseñanza en la historia de Apolo.

Además de la ciencia de Priscila en materia de fe y de Evangelio, hay que subrayar también su valentía. Cierta, vive con su marido. Pero no tiene miedo de viajar en toda circunstancia, cuando se sabe cuáles eran entonces los peligros y las dificultades de los viajes por tierra y por mar. Basta pensar en las tribulaciones contadas por Cicerón o por Ovidio en esas mismas regiones. Es necesario el valor para dejar Roma bajo la amenaza de la persecución, para establecerse algunos meses en Corinto y después llegar a Éfeso, para una estancia un poco más larga, en un contexto no favorable para los cristianos, para regresar a Roma, antes de volver a Éfeso (2 Timoteo 4, 19). Es necesario todavía más valor y una gran libertad de pensamiento para hablar de ese Camino nuevo a hombres más instruidos que ella, para recibir en su casa a los nuevos convertidos, de origen judío como ella o de origen pagano, procedentes de contextos muy diferentes (esclavos, hombres libres, familias, célibes, mercaderes, artesanos, jefes de la sinagoga, responsables de los asuntos de la ciudad...). En Éfeso como en Corinto, una «Iglesia que se reúne en su casa» (Romanos 16, 5), lo que presupone, de nuevo, un lugar bastante grande para acoger un grupo. Es poco probable que Priscila reciba a las mujeres cristianas por separado de los hombres, en una habitación en la parte de atrás de la casa, reservada para ellas (*gynaikòn* o *gynaikonítis*) porque Pablo, hablando de las mujeres en las asambleas, da a entender que están presentes, pero con los hombres (1 Corintios 14, 33-35).

La pareja ha preparado la estancia de Pablo en Éfeso. Esta ciudad constituye un excelente punto de apoyo para velar por el crecimiento de las comunidades hacia Europa. Muchos cristianos van y vienen entre Corinto y Éfeso, aprovechando las infraestructuras comerciales; así Estéfanos, Fortunato y Acaico van a Éfeso (1 Corintios 16, 17) y Timoteo es invitado a Corinto (1 Corinto 4, 17). Al final de la primera carta dirigida a los Corintios, Pablo transmite a Priscila y Áquila los saludos «de todos los hermanos» cristianos, prueba de que conocen bien a los Corintios (1 Corinzi 16, 19). Éfeso es un cruce y

Priscila y su marido cumplen un rol importante, más grande todavía que el que han tenido en Corinto.

Pablo define a Priscila «colaboradora», a la misma altura que su marido, que Tito, Timoteo y Apolo. Es considerada como perteneciente a ese primer círculo estrecho de personas que el apóstol llama «socios», o sea partícipes de su misma autoridad. Entre los cristianos, hay algunos que contribuyen más específicamente junto a él a anunciar el Evangelio. Y bien, Pablo osa atribuir ese título a una mujer. Quiere decir que merece su confianza, visto que la deja trabajar en autonomía y le confía diferentes grupos de cristianos. Ella se compromete con su trabajo, su servicio, su acogida y su dedicación, para difundir la Buena Noticia. Asume un verdadero rol de líder en la comunidad.

Priscila no duda en exponerse, con su marido, a peligros de todo tipo. Pablo expresa a la pareja su gratitud (más en concreto su acción de gracias), no solo por el trabajo realizado, sino también por la posición tomada en sus pruebas (Romanos 16, 4): «ellos arriesgaron su vida para salvarme» (literalmente, «arriesgado su vida»). El apóstol alude ciertamente a la persecución sufrida en Éfeso, en el templo de Balbillus (1 Corintios 15, 32). Entonces, por instigación de los gremios, estallaron



disturbios con matices antisemitas que tuvieron a Pablo como objetivo (Hechos de los apóstoles 19, 23-40). Algunas familias judías tuvieron que huir. Es el motivo por el que Priscila y Áquila volvieron a Roma. Pablo les expresa gratitud no solo en nombre propio, sino también en nombre de «todas las Iglesias», es decir de las comunidades cristianas que viven «entre las naciones» y que son sus deudores.

Priscila ilustra perfectamente la forma en la que el cristianismo se ha difundido en el siglo I, con una grandísima movilidad, utilizando las redes comerciales, la práctica de la hospitalidad y de la acogida, de la formación y de la ayuda recíproca, como también el compromiso en la ciudad, que implica asumir riesgos en el nombre del Señor. Junto a Febe, Priscila es una figura excepcional del primer grupo de personas reunidas entorno a Pablo.



ARTISTA

Camino sobre el agua de madre Marija

DE ADALBERTO MAINARDI

Hay dos caminos:
Un camino sobre la tierra firme.
Hace lo que es adecuado y
razonable. Mide, sopesa, prevé.
Pero el otro camino atravesia
las aguas. Ya no puede medir ni
prever. Debes solo creer sin parar.
Bastaría un instante, y te hundes.

Una de las mujeres más extraordinarias del siglo XX» la definía Nikolaj Berdjaev: pintora, poetisa, revolucionaria y exiliada, madre y monja, testigo de Cristo hasta la muerte en el campo de concentración de Ravensbrück. De madre (mat') Marija (Skobcova), nacida Elizaveta Pilenko el 8 de diciembre de 1891, se conoce sobre todo, el compromiso intelectual y eclesial, la inusual parábola monástica, el haber salvado niños judíos durante la ocupación nazi.

Y también en mat' Marija la vocación religiosa y poética y artística se cruzan, imágenes de espejo –desde arriba y desde abajo– de un mismo camino, casi un camino sobre el agua...

En Pietroburgo Liza frecuenta el ambiente inquieto de la *intelligencija* de la edad de plata, se apasiona con ideales revolucionarios y se siente «completamente atea», pinta y escribe poesía.

Se casa con Dimitrij Kuz'min-Karavaev, pinta y expone junto a nombres prestigiosos. De esos años se conservan poquísimas obras, entre ellas, una recopilación de acuarelas, suspendidas entre simbolismo y vanguardia: *El rey David*, *Dentro del templo*, *El encuentro entre Ana e Isabel, el Pastor...*

Cuando estalla la Gran Guerra, el primer matrimonio había fracasado. «La necesidad me ha hecho subir» escribe Elizaveta en el poema *Ruth* (1916): «Por una voluntad desconocida para mí bajo de nuevo al valle. Como un peregrino voy hacia la salida del sol. El misterio que me ha atraído de la altura se me ha revelado: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, se queda solo; pero si muere, da mucho fruto».

Un oficial cosaco, Daniil Skobcov, enamorado de ella, la ayuda a emigrar y se casa en segundas nupcias. La muerte de la hija más pequeña, Anastasija (1926), marca una profunda crisis, que la llevará a separarse de mutuo acuerdo del marido y vestir el hábito monástico. Continúa escribiendo, ensayos, poesías, dramas. Recorre Francia para asistir a los más desheredados entre los emigrantes rusos. Encontramos un eco en la recopilación *Poesías*, que salió en 1937 en Berlín.

A sus pies arroja la vida Quema el padecer de los otros. Beben con el agua la paja Y amarga es la miel de su trabajo. Uno está muriendo ahora En la cama de un hospital. Otro en el banco se descompone El peso de los recuerdos del año. Tristeza y opresión sin salida. Trabajo, cansancio y cansancio. Nadie mostrará sobre la tierra El amplio camino hacia lo alto. Progenie frustrada, de donde vienes de las fábricas, de los astilleros, ¿y después? Escucha, en el cielo las armaduras chocan Allí están las alas y las lanzas y el

trueno. No aquí, en la tierra, entre nosotros No, no aquí ha surgido la guerra del vivir. Llamas de fuego frente a las filas de la llameante Arcistratega.

«Hay caminos solitarios que no se cruzan con otros caminos» escribía mat' Marija entonces. «Y hay caminos que es como si condicionaran la existencia el uno del otro. Uno de ellos es la vía de la tierra... Y por el cansancio, el sudor, la ceguera y la piedad, la tierra es santa». En un tiempo que la onda expansiva de la revolución había visto de repente la caída de la milenaria cristiandad rusa y que Occidente veía la propagación del totalitarismo nazi, también la fe era llamada a vivir radicalmente el aquí. En esta experiencia extrema, la Palabra evangélica está purificada, deja descubrir profundidad todavía no comprendida en una fidelidad radical a la tierra, en la proximidad ardiente con el hombre que ha renegado de Dios:

Allí fluían leche y miel
Y mosto jugoso en las tinajas.
Pero aquí, caída y vuelo,
Nieve en los campos y fuego en las venas. A mí me dieron un bendito destino En el delirio de los vestidos lacerados.
Oh Rus', oh Caná paupérrima,
No dejaré un palmo de tierra.
Hielo en las cenizas, y con la frente por el suelo.
Creczo en la tu árida arcilla.
Un puñado de grava, un plato de polvo Amasadas conmigo en una única carne.

En una poesía de los últimos años, mat' Marija habla de dos caminos: uno recorre la tierra firme, el camino seguro de lo que es «justo y razonable», el camino de la moral y de las costumbres. Pero en un tiempo en el que todo fundamento de la convivencia humana vacila, en el que por debajo de las ideologías y de los ideales humanos se abren de par en par los abismos infernales del misterio del mal obrando en la historia, esta vía no conduce a ningún lugar. Es necesario recorrer otro camino, que la mirada pura de la poesía distingue, cuando hablan las palabras imposibles del amor. Una vía que «atraviesa las aguas», vadea el mar en tempestad de la historia, donde ya la razón humana no tiene más recursos para guiar los pasos, «ya no puedes medir ni prever»: es el camino de la fe, de la confianza en el amor y nada más.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



formación de excelencia
a tu medida



salamanca

GRADOS
Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas (ADET)
Ciencias de la Actividad Física y del Deporte
Comunicación Audiovisual
Enfermería
Ingeniería Informática
Logopedia
Maestro en Educación Infantil
Maestro en Educación Primaria
Marketing y Comunicación
Periodismo
Psicología
Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico
Filosofía
Teología

DOBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET
ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS
Enfermería
Fisioterapia
LICENCIATURA
Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 • Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 • sie@upsa.es

www.upsa.es